

La medida de la diferencia: las imágenes indigenistas de los indios serranos en el Ecuador (1920 a 1940)

Kim Clark¹

En este artículo, de manera preliminar, examino cómo algunos científicos sociales ecuatorianos, entre las décadas de 1920 y 1940, concibieron las características que distinguían a los indios serranos de la población mestiza dominante. Durante el período liberal ecuatoriano (1895-1925), muchos de los estudios más importantes acerca de los indios fueron escritos por abogados y juristas. Sin embargo, a partir de la década de los 20, médicos de salud pública, antropólogos físicos y sociales, y sociólogos adoptan el tema (los indios también se convirtieron en un tema importante en la literatura y el arte ecuatorianos de este período).

Dentro de la gama de grupos subordinados que podrían ser considerados, aquí me referiré a los indios de la Sierra más que a los indios no serranos, los negros o los mestizos, porque los primeros fueron objeto de extensos estudios realizados por miembros de grupos dominantes.

Antes del censo de 1950, se consideraba que los indios conformaban al menos el 50 por ciento de la población nacional, y que constituían el más importante 'otro' en la construcción ideológica de la identidad de la sociedad dominante en el período analizado. Para Ecuador, el planteamiento general de Peter Wade resulta certero: los indios han cumplido un rol central en lo que él llama las estruc-

1 Agradecimientos: Este artículo analiza material de una investigación financiada por el Social Sciences and Humanities Research Council of Canada y la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, hacia los cuales tengo una deuda de gratitud. Muchas de las fuentes publicadas analizadas aquí fueron consultadas en la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit, en Cotacollao, y agradezco al director y al personal de esta biblioteca por su asistencia. Agradezco mucho a Fernando Larrea por su traducción del artículo del inglés original y por los comentarios muy útiles al borrador de este artículo. A Emma Cervone por haber organizado el seminario en que fue presentado este artículo, que me dio la oportunidad de compartir estas ideas en un ambiente muy estimulante, y a Andrew Nelson por sus valiosos comentarios.

turas de alteridad en América Latina, más importante del que han cumplido los negros, lo que a lo largo del tiempo ha dado como resultado el prestar mucha mayor atención académica dedicada a los indígenas (Wade 1997:36-37). Dado que mi interés en este artículo es precisamente examinar la naturaleza de una parte de esa atención académica en un período específico en el Ecuador, limito mi consideración a algunas de las ideologías raciales desarrolladas alrededor de los indios de la Sierra.

Me enfoco especialmente en la producción intelectual de los estudiosos indigenistas², quienes dedicaron mucho tiempo y energía al estudio de la población indígena, razón por la cual podemos asumir que tales estudiosos estaban sinceramente preocupados con los problemas que dicha población enfrentó. Como insistía el antropólogo físico Antonio Santiana, los verdaderos indigenistas no debían solamente glorificar el pasado imperial indígena, sino que también debían proveer retratos realistas del presente (Santiana 1948: 79-91). Para lo que, según el mismo autor, se requiere de un análisis honesto, tanto de las características negativas como de las positivas de la población indígena en el contexto de una comprensión de las condiciones históricas, sociales y políticas que condujeron a su presente situación. Así, Santiana aplaudió a los artistas de la escuela del realismo social pues, de acuerdo a él, contribuyeron, a través de descripciones visuales de las privaciones sufridas por los indígenas, al conocimiento público de las condiciones miserables en que vivían. En un pasaje que sugiere haber sido criticado por su énfasis, Santiana insiste en que él ha escrito acerca de la miserable situación de los indios no porque hubiera querido desvalorizarlos, sino porque está suficientemente comprometido con la población indígena como para llevar a cabo un análisis objetivo de su situación³.

El énfasis en hacer un análisis objetivo de los problemas que enfrentaban los indios ecuatorianos llevó a varios intentos de los indigenistas de medir y cuantificar las formas de la diferencia representadas por los indios. Precisamente por ese énfasis en cuantificar la diferencia, los indigenistas, en último término, contribuyeron a una noción racial de los indios: esto es, a una visión de los indios como un grupo racial separado, con características innatas y heredadas basadas en la biología. En realidad, los indigenistas bien pueden haber sido las principales

2 Este artículo forma parte de un proyecto más grande, todavía sin terminar, acerca de la posición de los indios en la identidad nacional y los modelos de incorporación nacional en Ecuador en la primera mitad de este siglo.

3 Ver también el argumento de Pablo Arturo Suárez, en *Contribución al Estudio de las Realidades entre las Clases Obreras y Campesinas*. Quito: Imp. de la Universidad Central, 1934.

guras en la construcción pública de esta imagen. Mientras sus oponentes produjeron vagas imágenes de degeneración indígena, los indigenistas fueron los que se dirigieron a las comunidades indígenas en los años 30 y 40 para realizar estudios científicos detallados de las condiciones biológicas, de nutrición, higiene y salud indígenas. Estos estudios apuntaban a refutar ciertos estereotipos acerca de los indios pero, paradójicamente, al hacerlo, reforzaron la categorización de los indios como un grupo racial separado.

En este análisis utilizo la discusión de Alan Knight acerca de las ideologías raciales para explorar la forma en que los indigenistas conceptualizaron a los indios ecuatorianos como un grupo racial. Knight sostiene que podemos identificar ideologías raciales no solo en modelos que se fundamentan en explicaciones fenotípicas o genéticas sino, en general, donde quiera que encontremos argumentos de que los grupos sociales tienen características “determinadas al nacer, y sujetas solo a largos y lentos procesos de cambio” (Knight 1990:92). Es importante el hecho de que esta definición se aplique igualmente a características negativas y positivas. Por esta razón, prefiero pensar en las nociones producidas por indigenistas como ‘ideologías raciales’ más que como ‘racismo’ *per se*, un término que tiende a poseer una connotación negativa exclusivamente. De hecho, muchas veces los estudiosos indigenistas sugirieron que los indios tenían características positivas que habían sido transferidas de generación en generación por medios biológicos; desde mi punto de vista, esto debería ser tomado como un argumento racial, aunque pueda no ser *racista*. Si bien, las vagas nociones de transmisión de rasgos a través de las generaciones puedan sugerir que los indigenistas se estaban refiriendo a rasgos étnicos más que raciales,⁴ creo que es importante enfatizar que se referían a los indios como un grupo racial, y que la manera en que se entendía que las características indias eran heredadas fue de transmisión por medios biológicos, más que a través de un proceso de enculturación. Esto es, los indios ecuatorianos fueron vistos como caracterizados por profundas y fundamentales diferencias con respecto a la sociedad dominante y la esencia de su identidad fue biologizada por los indigenistas.

Muchos de los intelectuales indigenistas del Ecuador fueron influyentes, no solamente en círculos académicos, sino también en la vida política del país,⁵ ocu-

4 Me ha ayudado aquí la discusión de Wade acerca de las varias formas en que la raza y la etnicidad han sido analizadas y entendidas en diferentes momentos históricos en América Latina (Wade, *op.cit.*)

5 Varios de los vocales o directores del Instituto Indigenista del Ecuador fueron ministros de gobierno en las décadas de los 30 y 40. El sociólogo, historiador y estudioso legal Luis Bossano fue Ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Enríquez (1938-39). Más a menudo, los

paron importantes posiciones tanto en la Sierra como en el ámbito nacional (y en algunos casos, internacional); no fueron, por tanto, figuras marginales en la vida intelectual y política del Ecuador⁶. Los indigenistas participaron de manera importante tanto en debates públicos acerca del papel y la posición de los indios en la sociedad nacional, como en dictar políticas dirigidas a incorporar plenamente

indigenistas ocuparon la posición de Ministro de Previsión Social y Trabajo: estos incluyeron a Carlos Andrade Marín en 1940-41, Leopoldo N. Chávez en 1942-43 y Alfredo Pérez Guerrero en 1948. Muchos sirvieron en varias otras posiciones elegidas o nombradas en el gobierno: Pío Jaramillo Alvarado fue un miembro del Consejo de Estado a principios de los años 30; Pablo Arturo Suárez fue Director General del Servicio de Sanidad Pública a fines de los años 20, y en 1937, fundó el Departamento Médico-Social en el Ministerio de Previsión Social y Trabajo; Carlos Andrade Marín fue Presidente del Concejo Municipal de Quito (1937-1939) y más tarde Alcalde de Quito (1955-1959), así como Director del Departamento Médico del Seguro Social (1945); Luis Bossano fue Presidente del Consejo Provincial de Pichincha (1948-1949); Miguel Angel Zambrano fue Director del Departamento Jurídico del Ministerio de Previsión Social (1940); Víctor Gabriel Garcés fue el representante del Ecuador ante la Oficina Internacional de Trabajo. Muchos de estos hombres también ocuparon importantes posiciones académicas: Bossano fue Profesor de Sociología y, por un tiempo, Decano de la Facultad de Jurisprudencia en la Universidad Central, así como Presidente del III Congreso Latinoamericano de Sociología, que se llevó a cabo en Quito; Reinaldo Murgueytio fue Director del primer Colegio Normal Rural; Antonio Santiana fue, primero, Profesor de Anatomía General y Descriptiva y Director del Instituto de Anatomía en la Universidad Central, y, después, Profesor de Etnología y Arqueología en la Universidad Central y Director del primer museo etnológico y arqueológico en Quito; Pablo Arturo Suárez fue Profesor de Higiene en la Universidad Central y, brevemente, su Rector a principios de los años 30; Víctor Gabriel Garcés enseñó sociología en la Universidad Central; Pío Jaramillo Alvarado impartió clases en la Universidad de Guayaquil. Ellos también ocuparon varias otras posiciones: Pío Jaramillo Alvarado fue el primer Presidente de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, mientras que Gonzalo Rubio Orbe, uno de los más jóvenes miembros de este grupo llegó a convertirse en Director del Instituto Indigenista Interamericano en México mucho más tarde, en 1971. Y Leopoldo Chávez, quien tuvo una trayectoria bastante diferente a la de los otros, estuvo activo en la Cámara de Comercio de Pichincha desde los años 30 en adelante y llegó a ser su Presidente en los años 50. En este artículo no considero el trabajo de todos los autores mencionados, sino que más bien examino un pequeño número de ejemplos relevantes, basados en una lectura más amplia de esta literatura.

- 6 En Perú, un elemento fundamental del indigenismo que emergió en Cuzco asociado con figuras tales como Uriel García y Valcárcel (comparados con la otra corriente de indigenismo basada en Lima y asociada con figuras tales como Mariátegui) fue un proyecto regional para promocionar no solo al indio sino también a la región de los Andes en general, como corazón de la nación, contra el centralismo y la dominación de Lima. Dado que el centro político del Ecuador estuvo en la Sierra más que en la Costa, el elemento de la reivindicación regional, tan evidente en el indigenismo peruano, no constituyó una dimensión importante en la variante ecuatoriana del indigenismo.

a los indios dentro de la nación ecuatoriana. Es importante reconocer, sin embargo, que aún cuando los indigenistas mantuvieron posiciones de dirección y administrativas influyentes, no siempre tuvieron éxito en la aplicación de las políticas, dada la crisis económica experimentada por el Ecuador desde la década de 1920 hasta 1940. Así, el ambicioso programa de salud y educación destinado a los campesinos, propuesto por primera vez por Pablo Arturo Suárez en 1936, fue incluido en el presupuesto gubernamental recién en 1945, y aún entonces, el financiamiento real para el proyecto no se materializó. Finalmente, un programa de gran alcance para establecer Misiones Campesinas en la Costa y la Sierra quedó reducido a un solo programa, establecido en Pomasqui en 1948 (durante el período del indigenista Alfredo Pérez Guerrero como Ministro de Previsión Social), que funcionó solamente unos pocos meses⁷. Es posible, por tanto, que los indigenistas fueran más importantes en la construcción de imágenes de los indios que en llevar a cabo políticas reales de incorporación. Esta es la principal razón por la que he escogido enfocar el análisis en las imágenes de los indios que se proyectan en el trabajo de dichos indigenistas⁸.

Quiero empezar por bosquejar, tal vez, el principal estereotipo de los indios de la Sierra contra el cual argumentaron los intelectuales indigenistas en sus trabajos escritos. Más allá del círculo de estos intelectuales, en discusiones académicas y políticas de amplio espectro acerca de asuntos tales como el problema agrario y el desarrollo nacional, así como en el discurso público más general que aparecía en medios como cartas al editor de los periódicos ecuatorianos, era un lugar común sugerir que los indios eran un 'peso muerto' en el desarrollo nacional, que eran 'miembros pasivos' de la nación, que vivían una 'existencia vegetativa'⁹.

Leopoldo Chávez resumió estas imágenes (antes de argumentar en contra de ellas):

7 Ver Síntesis de Investigaciones Sociales en la Parroquia de Pomasqui, *Boletín de Informaciones y de Estudios Sociales y Económicos* 46-47 (1949), 65-78, y otros informes en este boletín del gobierno a fines de los años 40; también, Aníbal Buitrón, Vida y Pasión del Campesino Ecuatoriano, *América Indígena* 8:2 (1948), 113-130.

8 En otros artículos he examinado cómo las imágenes de los indios se tradujeron en políticas. Ver, por ejemplo, A. Kim Clark, Racial Ideologies and the Quest for National Development: Debating the Agrarian Problem in Ecuador (1930-1950), *Journal of Latin American Studies* 30:2 (1998), 373-393.

9 Para ejemplos, ver Clark, Racial Ideologies and the Quest for National Development, y Race, 'Culture' and Mestizaje: The Statistical Construction of the Ecuadorian Nation (1930-1950), *Journal of Historical Sociology* 11:2 (1998), 185-211.

A menudo se habla de él [el indio] calificándole de “peso muerto” en la vida del país; se afirma dogmáticamente que no es susceptible de cultura y que su mente no es apta para desenvolverse al ritmo de la civilización actual, que su abyección lo ha sumido en el círculo estrecho de la vida vegetativa, que su relajación de costumbres le incapacita para la convivencia social; en fin, que tenemos que soportar su existencia en gracia tan sólo de la recompensa que nos reporta su faena torpe, menguada y empírica... (Chávez 1943: 16-17).

En el discurso público general, los indios fueron implícita o explícitamente comparados con otros grupos, grupos que fueron vistos como activos, en contraste con la pasividad atribuida a ellos. Por ejemplo, en los días de debate en el Primer Congreso de Industriales en Ambato, en 1935, al que asistieron representantes de la industria y el comercio, así como altos oficiales de gobierno, el lenguaje de la pasividad asociado con los indios les convirtió en el punto de contraste con respecto a aquellos a los que repetidamente se hacía referencia como las ‘fuerzas vivas’ del país, los industriales y comerciantes (Actas del I Congreso de Industriales del Ecuador 1936). Uno de los grupos de trabajo enfocó su atención en el problema económico representado por los indios, dada su falta de consumo de los productos de la industria nacional. Este grupo propuso que las fuerzas vivas del país dejaran a un lado sus intereses individuales y reconocieran que sus intereses conjuntos de clase requerían una mejora de las condiciones de vida indígena, de tal forma que los indios abandonaran su existencia vegetativa en favor de una participación activa en la economía nacional, como consumidores. Los mismos indigenistas, por otro lado, contrastaron la pasividad de los indios con la desenfrenada actividad de otro grupo subordinado: los montubios de la Costa. Los montubios eran vistos como poseedores de una excesiva energía que eran incapaces de disciplinar o canalizar, lo que llevaba a brotes de violencia, con frecuencia debido a celos sexuales. Así mismo, los montubios fueron vistos como la materia prima para guerras civiles, dada su naturaleza apasionada y su tendencia a la violencia (Jaramillo Alvarado 1924:12). A diferencia de lo que sucedió en Perú, donde se dio una importante tendencia a estudiar la criminología indigenista que examinó el ‘estado peligroso’ permanente de los indios de la Sierra, en Ecuador la población inherentemente peligrosa no pareció haber sido identificada con los indios serranos sino más bien con los campesinos montubios de la Costa (Poole 1990).

Como este ejemplo sugiere, una estrategia usada por los indigenistas para atacar los estereotipos comunes de los indios fue aceptar que había una cierta pasividad o aspecto vegetativo en la vida india, con el objetivo de argumentar que esto era el resultado de una historia de opresión. Al remover estas condiciones opresivas, los indios dejarían de ser pasivos. Así, ellos refutaron que los indios

fueran inherentemente impermeables a las influencias culturales: el hecho de que hubieran desarrollado avanzadas civilizaciones en el pasado evidenciaba que eran capaces de grandes avances. No obstante, ellos habían caído desde aquel tiempo, y esta caída fue vista a menudo en términos bíblicos:

La caída del indio es tanto como la caída del hombre bíblico, saliendo del Paraíso para seguir el camino duro de la vida, con la frente inclinada al suelo y con la eterna angustia de esperar un más allá venturoso que aún no llega (Murguetyio 1943:19).

Los indios se habían encerrado dentro de sí mismos y de sus comunidades como resultado de siglos de abusos, posteriores a la conquista, en que fueron tratados como animales de carga y maquinaria más que como hombres; habían tenido que reducir sus emociones para sobrevivir: más que vivir, ellos simplemente aguantaron¹⁰.

Sin embargo, los estudiosos indigenistas se dedicaron con mayor énfasis a refutar el estereotipo del indio pasivo y para hacerlo, se enfocaron en la especial cualidad de la 'energía' indígena, analizando lo que ellos llamaron "la energética indiana". Así, los estudiosos indigenistas exploraron el enigma de que, a pesar de los siglos de explotación, los indios de todos modos tenían una gran fuerza física y, especialmente, una enorme resistencia para el trabajo pesado.

No obstante todos los factores y agravantes sin número de un proceso opresivo a lo largo de cuatro centurias en que la raza sojuzgada puede haber terminado aniquilada o atrofiada, el indio conserva, por regla general, un vigor físico y especialmente un asombroso poder de resistencia que difícilmente es igualado por otras razas. Sólo [debido] a esta energía inagotable puede explicarse como en muchas zonas el rendimiento de la agricultura se produce por el sólo esfuerzo material del indígena (Bossano 1942: 71).

Al respecto, se ofrecieron dos explicaciones como soluciones a este misterio, basadas en estudios científicos llevados a cabo por indigenistas. Una posición se fundamentó en estudios de anatomía comparada de distribución de pelo (o pilosidad) de los indios. La investigación de Antonio Santiana pretendía demostrar que no había solamente una dimensión de variabilidad sexual asociada con distribuciones relativas de pelo facial y corporal en diferentes individuos (el debate se centró en la relación entre la distribución de pelo y virilidad, es decir que los

10 Ver, por ejemplo, Santiana, op.cit.: 84.

hombres tienen más pelo que las mujeres), sino también una diferencia racial importante (Santiana 1941). De hecho, el médico chileno Lipschütz, quien escribió el prólogo del estudio de Santiana y cuyo trabajo era citado frecuentemente por científicos ecuatorianos, llevó tan lejos su argumento como para afirmar que aplicar a los nativos de América del Sur los mismos estándares de distribución de pelo que aquellos derivados del estudio de la raza europea -en que los indios inevitablemente aparecerían como 'del tipo infantil-feminoide'-, sería como si un zólogo aplicara estándares de distribución de pelo entre leones a los lobos (Lipschütz 1941:2). El propósito de este argumento, que los estándares de los europeos no debían ser aplicados a los indios, era demostrar que los indios simplemente eran diferentes a los europeos y no inferiores. No obstante, él enmarcó su argumento de manera tal que sugirió que las diferencias entre europeos e indios sudamericanos eran como las diferencias entre dos especies separadas.

El antropólogo físico Santiana demostró que los indios serranos tenían una pilosidad corporal y facial muy reducida en comparación con la de los blancos, hecho que fue presentado de una manera puramente descriptiva como una contribución al campo de la anatomía comparada. Sin embargo, los resultados de las observaciones de la distribución de pelo entre indios fueron entonces incorporados por otros indigenistas al argumento que sugería que tal vez la energía fisiológica que normalmente iba a la producción de pelo, nutría, en su lugar, a la musculatura. Para algunos, esto sugería que los indios estaban en un nivel más avanzado de evolución que los blancos, pues aquellos habían perdido rasgos residuales innecesarios para invertir su energía en características más útiles, como la fuerza (Bossano, op.cit.: 66-74). En la línea de esta interpretación también se sugirió que mientras el tipo de energía desarrollado por los blancos era 'activo', los indios habían desarrollado una forma distintiva de energía que les proveía de mucha mayor fuerza y resistencia (consideradas como características muy valiosas). Esta peculiar energía indígena se interpretó como una adaptación física desarrollada por los indios a través de los siglos, a sus condiciones de vida y de trabajo. No obstante y a pesar de la valoración positiva de los rasgos físicos indígenas, es muy claro que este argumento no logró trascender los límites de las imágenes públicas del indio pasivo; solamente intentó cambiar los valores asociados a ellas. Este análisis implicó que indios y blancos fueran considerados constitutivamente distintos, a tal punto que se propuso que estos grupos habían evolucionado en direcciones diferentes, con diversas esencias profundas. En tal argumento subyace la idea de cada grupo como un reservorio genético cerrado: los blancos y los indios, dos razas enteramente separadas. Las implicaciones de este argumento son que, mientras las razas podrían evolucionar —sugiriendo una aproximación fluida y flexible de raza- las divisiones entre ellas eran representadas como fijas.

Un segunda explicación, más pesimista de la fuerza y energía indígenas, sostenía que la inversión evolutiva en mayor musculatura y resistencia había tenido un costo para el desarrollo de otros sistemas corporales, el más importante entre ellos, el sistema nervioso, culminando en el cerebro. Este argumento se basó especialmente en estudios de la dieta indígena que demostraron que los hábitos alimenticios de este grupo privilegiaban alimentos con muchos carbohidratos, suministradores de energía, pero de poca albúmina y proteínas, nutrientes del sistema nervioso (Santiana, op.cit.: 84)¹¹. Así, desde el momento de su nacimiento (de hecho, desde antes del nacimiento), los niños indios se desarrollaban físicamente como ‘maquinarias vivas’ para la producción, más no como miembros intelectualmente conscientes de la nación. Por ejemplo, Santiana argumentó:

Sometido el indio a una inanición transmitida a través de las generaciones y los siglos y disfrutando sólo de una dieta parcial y monótona compuesta de tubérculos, granos y harinas, es decir de sustancias hidrocarbonadas aptas para la nutrición del aparato locomotor, el indio fue tratado, también bajo este aspecto, como simple herramienta de trabajo. Esos hidrocarbonados se le han proporcionado como el combustible a las máquinas. En su dieta apenas si encontramos, en cambio, los elementos reparadores de los sistemas encargados de la actividad cerebral y nerviosa: casi no existen albúminas. Semejantes condiciones de vida y alimentación, perpetuadas en el decurso de siglos, debilitando su organismo han producido, al fin, esos trastornos endocrinos y glandulares que actúan sobre el soma deformándolo, en la constitución debilitándola y en la inteligencia, adormeciéndola. (Santiana, ibid.: 84)

Esta interpretación sugiere que redimir a los indios adultos era una tarea muy difícil, dado que ellos ya habían experimentado un prolongado subdesarrollo biológico, por tanto, el gobierno debía dirigir los esfuerzos públicos a salvar a los niños indios de este destino, pues era muy tarde para hacer algo por sus padres. Si bien esta propuesta idealmente involucraba intervenciones en los hogares, fue considerado más práctico llegar a los niños en las escuelas, lo que se transformó en una razón más para promover escuelas en áreas rurales; así, se estableció un amplio debate acerca de cuál debía ser la naturaleza de estas escuelas¹².

11 Ver también Pablo Arturo Suárez, *Contribución al Estudio de la Alimentación y Nutrición del Indio de Otavalo* (Quito: Imprenta de la Universidad Central, 1943); y *Contribución al Estudio de las Realidades*.

12 Discusiones detalladas se produjeron, por ejemplo, en las páginas de la revista *Educación*.

Adicionalmente a las discusiones acerca de la energía india, otro campo de debate donde los indios fueron vistos como constitutivamente distintos a otros grupos sociales en Ecuador, se encontraba en recurrentes referencias, en estudios sociológicos y antropológicos referidos a la noción de una psicología india distinta conceptualizada no como una característica individual (el resultado de la estructuración de la psiquis a través de experiencias de la niñez temprana, al decir de los psicoanalistas), sino más bien como una característica colectiva. Esto es, los indios como grupo tenían una psicología específica. Algunas características presentadas como componentes de su psicología son lo que los antropólogos de ahora llamarían características culturales (aunque probablemente no coincidirían en las especificidades de las características atribuidas a los indios). Sin embargo, en los años 30 y 40, estos rasgos no fueron vistos como transmitidos culturalmente, sino como herencia biológica. Esta psicología colectiva fue entendida en asociación con otro concepto, el de ‘temperamento’ que, en las palabras de Luis Bossano, se refería a la “actitud total del individuo definida esencialmente por su sensibilidad e impulso particulares” (Bossano, op.cit.: 70). Pero, ¿de dónde venían estos impulsos característicos? El término temperamento se refería a un tipo físico particular asociado con una clase específica de personalidad o perfil psicológico¹³. En general, en la teoría de los temperamentos,¹⁴ se pensaba que los tipos psicósomáticos tenían bases biológicas de influencia endocrina. Para los indigenistas, al usar este marco explicativo, el tipo físico también era resultado del ambiente: no solo de una historia individual de enfermedad, nutrición, higiene y consumo de alcohol, sino también de las formas en que estos elementos habían operado a través de las generaciones. Esto estuvo asociado al concepto de venenos raciales, el cual sugería que el comportamiento individual podía deteriorar el ‘plasma germinal’ transmitido a la siguiente generación. En el trabajo de Pablo Arturo Suárez, por ejemplo, se plantea que al tomar acciones para cambiar el tipo corporal de los sujetos a través de cambios en la alimentación, mayor ventilación en sus hogares y, generalmente, mejor higiene, entonces las características de personalidad también podían ser alteradas. Así, muchas de las características identificadas con lo indio, melancolía, suspicacia y otras, se concibieron como basadas en una biología distinta, un resultado de si-

13 Para una discusión extendida del uso de este concepto en el trabajo de Pablo Arturo Suárez, ver Clark, “Race, ‘Culture’ and Mestizaje.”

14 El principal texto ecuatoriano que trata de la teoría de temperamentos fue compilado por el colega de muchos de los indigenistas, el psicólogo y criminólogo Julio Endara de la Universidad Central (*Los Temperamentos* [Quito: Imp. de la Universidad Central, 1930]).

glos de empobrecimiento y opresión¹⁵. De esta manera, el consistente uso de los indios como puro músculo, más que permitirles desarrollar (o al menos mantener su noble pasado) sus habilidades intelectuales y artísticas, había causado su retroceso. Suárez lo resumió así:

... Desgraciadamente, sobre el indio actual pesa una larga cadena de males varios: la influencia degenerativa de una raza que va inferiorizándose a través de sus hijos; la fuerza inerte de la rutina, la subalimentación, las toxinas y enfermedades que han minado su fuerza espiritual y física, creando el tipo asténico [un tipo de temperamento] y caduco. La vida exclusivamente vegetativa durante siglos, ha apagado toda luz espiritual y ha mantenido la mente del indio en una penumbra soporosa y aletargante (Suárez 1942:62).

Todo esto sugiere, una vez más, un concepto dinámico de raza, de razas no estáticas, de características estables, sino más bien que las características esenciales de raza podían cambiar a través del tiempo, precisamente la meta de las políticas desarrolladas para incorporar apropiadamente al indio. La distinta psicología del indio se percibe como el resultado de procesos históricos y sociales experimentados por generaciones y, al mismo tiempo, sin embargo, las discusiones sobre el temperamento también sugieren que los rasgos de personalidad característicos de los indios estaban profundamente enraizados en su biología.

Mi objeción en estos estudios no se refiere a la idea de que la población indígena pueda ser físicamente diferente de la población blanca, sino a la interpretación hecha de esa diferencia que implica capacidades diferenciales para el desarrollo intelectual y la participación política y económica. Los estudios analizados sugieren también que los indios poseían un conjunto discreto de rasgos que se transmitían biológicamente a través de las generaciones. Si bien muchas formas de diferencia física tienen en realidad bases genéticas, y los rasgos genéticos son heredados biológicamente, esas formas no son transmitidas como un conjunto dentro de un grupo humano, diferente del conjunto de rasgos heredados por otras 'razas'. Por el contrario, aquellos rasgos que son genéticamente determinados varían independientemente unos de otros, de tal forma que la variación física característica de la especie humana simplemente no se separa en grupos distintos y cerrados, cada uno con su propio conjunto de características, en la forma en que el concepto de raza sugiere. Adicionalmente, los indigenistas se enfocaron

¹⁵ En estas discusiones se expresa al menos la satisfacción de los indigenistas de que los indios ecuatorianos no presentaran la más peligrosa falla degenerativa de los indios peruanos, que masticaban coca.

menos en rasgos físicos genéticamente determinados que en la esencia profunda de la identidad india, la cual fue interpretada como biológicamente transmitida.

Se puede imaginar una situación en la que las mismas herramientas del racismo científico de principios del siglo XX, tales como mediciones antropométricas, podían ser empleadas para desacreditarlo. De hecho, no se tiene que mirar muy lejos para descubrir un ejemplo: el famoso estudio de Franz Boas de los significativos cambios anatómicos característicos de los niños de inmigrantes a los Estados Unidos comparados con sus padres, demostró que la nutrición y otros factores ambientales influyeron fuertemente en las mediciones antropométricas básicas, tales como las dimensiones de la cabeza. Boas demostró que estas mediciones podían variar durante la vida y, además, que la variación entre generaciones contiguas podía ser mucho mayor que entre las así llamadas ‘razas’¹⁶. El estudio de Boas fue conocido por los estudiosos ecuatorianos: ellos estuvieron muy conscientes de los debates científicos en Norteamérica y Europa, y algunos de ellos incluso citaron la misma investigación de Boas en sus estudios¹⁷. Sin embargo, en los estudios examinados en este artículo, los indigenistas ecuatorianos no tuvieron éxito en erosionar la visión de los indios como una raza separada. En sus esfuerzos por marcar y medir las formas de la diferencia india para argumentar en contra de la noción de que los indios no podían ser miembros productivos de la nación ecuatoriana, contribuyeron, más bien, a la formación de una imagen asumida como natural, de una imagen de indios como grupo separado con rasgos distintivos de raíces biológicas, y con una identidad esencial que era transmitida a través de generaciones por medios biológicos. Los indigenistas diferían en muchos puntos, sin embargo, un aspecto en el que sus perspectivas coincidían era aceptar, e incluso promocionar, la idea de que los indios eran constitutivamente distintos a otros ecuatorianos. Por un lado, argumentaron que los rasgos raciales eran a menudo maleables y fluidos y que las particularidades indias eran el resultado de una historia específica de explotación. Y por otro, construyeron una imagen de los indios que frecuentemente reforzó las representaciones dominantes de estos como miembros pasivos de la nación, proveyendo documentación de, y ex-

16 Para mayor información acerca de la investigación de Boas sobre los inmigrantes y su desafío de las categorías raciales, ver George Stocking, *Race, Culture and Evolution: Essays on the History of Anthropology* (Chicago: University of Chicago Press, 1982), chap. 8; Stocking (ed.), *The Shaping of American Anthropology, 1883-1911: A Franz Boas Reader* (New York: Basic Books, 1974); y Franz Boas, *Race, Language and Culture* (New York: The Free Press, 1940).

17 Ver, por ejemplo, Gualberto Arcos, *Biotología del Habitante del Altiplano Ecuatoriano* (Quito: Universidad Central, 1938), 6.

plicación para, lo que fue percibido como características con bases biológicas. Simplemente estaba más allá de la habilidad de los indigenistas en los años 30 y 40 el demostrar científicamente la profunda huella que años de opresión habían dejado en los indios y, al mismo tiempo, presentarlos como plenamente capaces de reflexión intelectual y participación política.

Los indigenistas fallaron en esta tarea, tal y como queda claro en la imagen del protagonista indio de la novela del realismo social de Jorge Icaza, *Huasipungo* (1934). Andrés Chilibingua es empujado al límite de lo que puede aguantar por la explotación de un hacendado opresor, y finalmente reacciona instintivamente en un momento de rebelión desesperada. Esta imagen literaria de perseverante pasividad lentamente inflamada hasta su explosión, en una furia desesperada, es consistente, en muchas formas, con la imagen de los indios que emerge en los estudios científicos analizados aquí. En contraste, ambos conjuntos de imágenes resultan inconsistentes con la forma estratégica, a veces calculadora y a menudo irónica, en que los indios se presentaban a sí mismos en conflictos agrarios específicos o en peticiones al Estado en la misma época, donde regularmente manipulaban e invertían los discursos hegemónicos para sus propios fines¹⁸. Esta última imagen es totalmente incompatible, tanto con las imágenes producidas por los indigenistas y los activistas de izquierda en las décadas de los 30 y 40, quienes implícita o explícitamente sugirieron que los indios necesitaban la asistencia de científicos sociales o el liderazgo de la vanguardia política; como lo es con los argumentos de aquellos en el lado opuesto del espectro político, que afirmaron de manera mucho más cruda que los indios eran simplemente incapaces de pensamiento racional y acción responsable. Lo más importante acerca de este punto es que, tal vez, y a pesar de sus intenciones, muchos estudiosos y activistas en los años 30 y 40 en Ecuador fueron atrapados en un campo discursivo que los llevó a reproducir y aún reforzar aspectos de las imágenes que estaban justamente tratando de desacreditar.

Las relaciones de poder que subyacen a la producción de estas imágenes se evidencian en la forma en que estos estudios científicos fueron llevados a cabo. Un comentario de Pablo Arturo Suárez muestra estas relaciones de poder, cuando él admite que veinte por ciento de las mediciones del metabolismo basal que

18 Para ejemplos, ver Clark; Racial Ideologies and the Quest for National Development y New Strategies of Resistance in the Ecuadorian Highlands: Peasant Actions and Discourse, 1930-1950 (manuscrito no publicado); para un período anterior, ver Clark; Indians, the State and Law: Public Works and the Struggle to Control Labour in Liberal Ecuador, *Journal of Historical Sociology* 7:1 (1994), 49-72.

tomó durante un estudio de los indios cercanos a Otavalo en 1943, tenían que ser descartadas ya que las lecturas inusuales eran “debido quizá al estado emocional y de temor que demostraban los indígenas ante el aparato del metabolismo” (Suárez 1943:14). Estas relaciones de poder también se evocan en el estudio de Santiana sobre distribución de pelo donde se presentan una serie de fotografías de indios completa o parcialmente desnudos, cada una de ellas enfocada en una zona particular del cuerpo (la cara, la nuca, el pecho o el área púbica). Cabe preguntarse sobre las condiciones cómo los sujetos de estas fotografías fueron persuadidos a posar, o quién convenció a los sujetos de Suárez a cooperar con su estudio. En este contexto, algunas de las contradicciones subyacentes a la meta de estos estudios de mejorar la situación de los indios y reducir su pasividad y opresión por grupos dominantes, surgen claramente.

Referencias bibliográficas

- Arcos, Gualberto
1936 *Biotología del Habitante del Altiplano Ecuatoriano*. Quito: Universidad Central.
- Boas, Franz
1940 *Race, Language and Culture*. New York: The Free Press.
- Bossano, Luis
1942 Psicología Indígena Sudamericana, *Revista de Derecho y Ciencias Sociales*. Quito, 2da época, 17.
- Buitrón, Aníbal
1948 Vida y Pasión del Campesino Ecuatoriano, en: *América Indígena*, 8:2, pg. 113-130
- Chávez, Leopoldo
1943 Discurso del Ministro de Previsión Social en la Inauguración de las Labores del Instituto Indigenista del Ecuador, en *Previsión Social* 14
- Clark, A. Kim
1998a Racial Ideologies and the Quest for National Development: Debating the Agrarian Problem in Ecuador (1930-1950), *Journal of Latin American Studies* 30:2, 373-393
1998b Race, 'Culture' and Mestizaje: The Statistical Construction of the Ecuadorian Nation (1930-1950), *Journal of Historical Sociology* 11:2, 185-211.
1994 Indians, the State and Law: Public Works and the Struggle to Control Labour in Liberal Ecuador, *Journal of Historical Sociology* 7:1, 49-72.
S/F New Strategies of Resistance in the Ecuadorian Highlands: Peasant Actions and Discourse, 1930-1950 (manuscrito no publicado)
- Endara, Julio
1930 *Los Temperamentos*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.
- Gobierno del Ecuador
1949 Síntesis de las Investigaciones Sociales en la Parroquia de Pomasqui, en: *Boletín de Informaciones y de Estudios Sociales y Económicos*, 46-47.
- Jaramillo Alvarado, Pío
1924 La Psicología del Indio, *Educación*, 1:1 Loja.
- Knight, Alan
1990 Racismo, Revolution, and Indigenismo: Mexico, 1910-1940, en Richard Graham (ed.), *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*. Austin: University of Texas Press.

Lipschütz, Alejandro

- 1941 Prólogo, en: Antonio Santiana, *La Distribución Pilosa como Carácter Racial: Su Modalidad en los Indios de Imbabura, Ecuador*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.

Ministerio de Previsión Social e Industrias

- 1937 Actas del Primer Congreso de Industriales del Ecuador. Quito: Imprenta Nacional

Murgueytio, Reinaldo

- 1943 Educación de Espíritu Indígena, *Previsión Social: Boletín del Ministerio de Previsión Social y Trabajo*, 14.

Poole, Deborah A.

- 1990 Ciencia, Peligrosidad y Represión en la Criminología Indigenista Peruana, en: Carlos Aguirre y Charles Walker (eds.), *Bandoleros, Abigeos y Montoneros: Criminalidad y Violencia en el Perú, Siglos XVIII-XX*. Lima: Instituto de Apoyo Agrario, 335-367

Santiana, Antonio

- 1948 Pasado y Presente del Indio Ecuatoriano, en *Filosofía y Letras* 1:1
1941 *La Distribución Pilosa como Carácter Racial: Su Modalidad en los Indios de Imbabura, Ecuador*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.

Stocking, George

- 1982 *Race, Culture and Evolution: Essays on the History of Anthropology*, Chicago: University of Chicago Press.
1974 (ed.) *The Shaping of American Anthropology, 1883-1911: A Franz Boas Reader*. New York: Basic Books

Suárez, Pablo Arturo

- 1943 *Contribución al Estudio de la Alimentación y Nutrición del Indio de Otavalo*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.
1942 La Situación Real del Indio en el Ecuador, *América Indígena* 2:1.
1934 *Contribución al Estudio de las Realidades entre las Clases Obreras y Campesinas*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.

Wade, Peter

- 1997 *Race and Ethnicity in Latin America*. London: Pluto Press.